

# BOLETIN DOMINICAL

CONSGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## SERMON

para la Hermandad de Nuestra Señora de la Cuesta en Santurde,  
15 de Setiembre de 1888.

«Custodite verba pacti hujus, et implete ea, ut intelligatis universa quae factis.»

DEUT. 29.

Desde que nuestros piadosos antepasados fundaron la Hermandad de la Santísima Virgen de la Cuesta no ha cesado entre este pueblo y la Madre de Dios un dichosísimo comercio de dones y plegarias, de obsequios y beneficios, tan glorioso para la Virgen como provechoso para su pueblo; glorioso para la Virgen porque su mayor gloria se cifra en salvar con su poderosa intercesión las almas redimidas por su Hijo; provechoso para vosotros porque el pacto ce-

lebrado por vuestros padres ha sido en el curso de los tiempos fecundísimo en todo género de bienes espirituales y temporales para los hermanos cofrades y para todo el pueblo, y lo será en lo sucesivo si no poneis obstáculo á la difusión de las divinas bondades. Yo vengo á recordaros este pacto sagrado, este piadoso compromiso que celebraron vuestros padres con la Virgen de la Cuesta, y que vosotros habeis ratificado, aceptando todas sus obligaciones y adquiriendo todos sus derechos. ¿Cuáles son estas obligaciones? ¿cuáles son estos derechos? Paréceme que vuestros mayores, al reunirse en piadosa confraternidad bajo el Patronato de la Virgen de la Cuesta, se propusieron estos santísimos fines: *primero*, la ruina del pecado; *segundo*, el triunfo de la verdad y

tercero el consuelo de los moribundos.

Y todos estos bienes otorgó la Santísima Virgen á vuestros padres mientras cumplieron exactamente las obligaciones de la Hermandad, y no dejará de mostrarse con vosotros en igual grado generosa si os mostrais como vuestros Padres celosos de la piedad y exactos cumplidores de santas obligaciones. Ave María.

—  
«Custodite, etc.»

Notad primeramente que esta piadosa Hermandad se fundó con el fin de hacer guerra al pecado hasta conseguir su destruccion y lograr que jamás prevalezca entre vosotros; y para esto es eficazísima la intercesion de la Virgen.

¿Sabeis lo que es el pecado? ¿Habeis meditado alguna vez en sus fatales consecuencias? El pecado hermanos míos es el supremo mal, el mal por excelencia, por cuanto siendo Dios el supremo bien, y siendo el pecado la negacion de Dios, entre el pecado, negacion absoluta, y Dios absoluta afirmacion, entre Dios que tiene la plenitud de la existencia y el pecado que es su absoluto desfallecimiento, hay una oposicion invencible, una distancia in-

comensurable y una repugnancia infinita.

Por grande que sea el talento del hombre, por alto que se remonte, en la investigacion de los mas recónditos misterios no podrá ni siquiera concebir toda la grandeza y fealdad del pecado. No entiende el hombre, no puede el pecador, ni figurarse siquiera cuán grande es y cuán terrible y cuán henchido está de desastres el pecado que comete, que bebe como el agua, que ciego perpetra á toda hora sin temor de los juicios divinos y sin reparar en la nube de males que atrae sobre su cabeza.

El pecado es la causa de todos los males que sufre el género humano. «El vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas, y á la tierra de abrojos.» El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo.» El es el que cavó el sepulcro de las ciudades mas ínclitas y llenas de gente. «El presidió á los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines de Ninive la excelsa, de Persépolis la hija del sol, de Menfis la de de los hondos misterios, la de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande, porque aunque Dios quiere las guerras, las inundaciones,

las pestes, las hambres, las calamidades publicas y las desgracias privadas, no las quiere ó no permite sino como remedio y castigo del pecado, haciéndolas servir de provechosos instrumentos de su Providencia que ordena todas estas cosas al bien supremo de su gloria y de la salvacion eterna del hombre.

«El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres.» El pecado atrae sobre los pueblos la ira de Dios, y hace que el cielo se vuelva como de bronce para que no llueva, que se abran las cataratas para que las aguas inunden la tierra, que los vientos se tornen huracanes, y las nubes descarguen la ruina y la desolacion sobre los campos mas florecientes. El pecado hace al hombre infeliz en la tierra y desventurado por toda la eternidad, puesto caso que le roba la dicha eterna del cielo. No olvidéis esta verdad, tened presente que el pecado es la causa de todos los males del tiempo como lo es de las desventuras eternas que sufren los condenados. Y es doctrina católica que los pecados públicos son castigados por Dios con castigos tambien públicos.

¿Quereis evitar estos castigos? Evitad el pecado. Para lograrlo, acudid á la Virgen de la Cuesta, que si es costoso vencer á este enemigo de nuestra dicha, la Madre Dios es poderosa para darnos la victoria en todas las batallas y sacarnos incólumes de todos los peligros. *Pedid y recibiréis.* Pedid á la Virgen la luz, el auxilio y la fuerza, y estad seguros de dominar vuestras pasiones, y desordenados apetitos. La piedad es útil para todo. Yo no creo en la virtud, ni siquiera en la honradez de los que ni son devotos de la Virgen, ni practican la oracion, ni frecuentan los Sacramentos.

(Continuará.)

---

## VARIEDADES.

### ¡AVE MARÍA!

LEYENDA BRETONA.

Hácia el año 1315, vivia en la diócesis de Lyon un pobre niño inocente que se llamaba Salaún.

Creció el niño, y le gustaba la soledad, y escogia para vivir un bosque, distante media legua de la ciudad de Lesneven en este bosque brotaba una hermosa fuente rodeada de verde césped.

Allí, solitario, cantaba Salaún las alabanzas de la Virgen, á la cual, despues de Dios, había él consagrado su corazon. Cantaba Salaún con la alondra al rom-

per el alba; ¡Ave María! Cantaba de noche, como el gracioso ruiseñor, posado sobre la espina de la austeridad: ¡Ave María!

Vestido pobremente, y siempre descalzo, su cama en el bosque era el suelo, su almohada una piedra, su techo un árbol cerca de la fuente.

Iba todos los días á mendigar su pan por la ciudad de Lesneven, ó sus alrededores, no importunando á nadie por puertas mas que con estas palabras: « ¡Ave María, Saluán pan comerial »

Tomaba lo que le daban, volvía muy contento á su ermita, cercana á la fuente; en esta remojaba sus pedazos de pan, y los sazónaba diciendo: ¡Ave María!

En lo más riguroso del invierno, se metía en el agua hasta el cuello, como hermoso cisne en un estanque, y repelía siempre y por todas partes: ¡Ave María!

Cuando helaba muy fuerte, se subía en un árbol, y agarrando dos ramas con ambas manos, se mecía y daba vueltas en el aire cantando; ¡Ave María! Y de este modo calentaba Saluán su pobre cuerpo. Y por esto le llamaban el loco. Y, sin embargo, era uno de los pajes más queridos de la Reina de los cielos.

—¿Quién vive?—gritaron unos soldados que recorrían el campo.

—No soy ni de Monfort, soy servidor de la Virgen María, y ¡Viva María!

—Pobre loco,—dijeron unos, y se burlaron.

—Más sábio que nosotros,—dijeron otros, y se fueron.

Siguió esta manera de vivir treinta y nueve ó cuarenta años, sin haber ofendido nunca á nadie.

Al fin cayó enfermo, y no quiso por esto cambiar de morada.

Dícese que la Santísima Virgen, que no falta nunca á sus fieles servidores, le consoló y le recreó maravillosamente con amables visitas, apareciéndose rodeada de multitud de ángeles.

Nuestro pobre Saluán, viendo que se acercaba su fin, hizo resonar el eco de su voz, como blanda tórtola, para marcar que el invierno de su vida había pasado.

Muriéndose, su último aliento cantó: ¡Ave María!

Después entregó á Dios su alma pura é inocente. Su rostro, en vida demacrado por la pobreza, apareció tan hermoso y brillante, que disputaba el candor á la azucena y el carmin á la rosa.

Le encontraron muerto cerca de la fuente, próximo al tronco del árbol que había sido su morada: y le enterraron los vecinos sin ruido y sin aparato en este mismo sitio.

Y se vió una hermosa azucena fresca, odorífera que nació milagrosamente sobre su sepulcro, y en las hojas escritas con letras de oro estas dos palabras; ¡Ave María!

Así recompensó María el amor de su humilde siervo.

(Boletín del Corazón de María.)

## La Balanza

El espíritu de las tinieblas erraba por la atmósfera de nuestro globo, contemplando las vanidades humanas de nuestro siglo.

¿Cuántos son, decía, los que desprecian estas vanidades? Reunidos todos los del universo, no llenarían uno de los salones del palacio Real de España. ¿Dónde se encuentran esos actos de virtud cristiana?

Apenas se conocen, aislados y perdidos entre la multitud de actos inspirados por la vanidad. Reúnanse y pénsese juntas las acciones de los justos el universo entero, las del pasado y las del presente: su peso no igualará nunca al de las vanidades de un solo día de una ciudad de las menos importantes.

Un espíritu de luz se presentó delante de las tinieblas.

—Vengo, le dije; á proponerte una lucha. Tú acumularás en uno de los platos de una balanza cuantas vanidades quieras; yo buscaré un contrapeso, y si consigo que incline la balanza, seré vencedor.

—Acepto, contestó el príncipe de las tinieblas; reuniré toda mi corte para que presencie tu derrota. Conozco, añadió, un sitio apropiado para la lucha. Al Sur de la Siberia existe un vasto país ignorado de los viajeros. Inaccesibles montañas le circundan. Algunos de mis súbditos arrojados de Europa y América han encontrado allí un refugio, donde no se ven molestados ni con las letanias de los misioneros, ni con las lamentaciones jermiacas de las almas que creen ser buenas. ¿Te conviene este sitio?

—Sea, contestó el espíritu de la luz; vamos á esa comarca.

## II.

Satanás se equivocaba al decir que

aquel país no era conocido de ningún viajero. Yo acababa de llegar á él después de haber atravesado en un globo diferentes países de Europa. Los animales que lo habitaban, que todavía no conocían la malicia del género humano, me recibieron con amabilidad y gran cortesía. En una espaciosa caverna encontré donde hospedarme, y colocar todos mis instrumentos y equipages. El más precioso era un par de anteojos que me había regalado un jefe indio, al que había tenido ocasión de prestar un gran servicio humanitario. Con aquellos anteojos especiales, distinguía y discernía los espíritus. Hace ya algún tiempo que no los poseo; un escrúpulo de conciencia me impulsó á romperlos. No me he arrepentido de haberlo hecho; me servi de ellos algunos meses, y cambió por completo mi carácter, convirtiéndome en misántropo. Pudiera contar cosas curiosas conocidas por mí, con ayuda de aquellos especiales anteojos. Tal vez las daré á conocer al público cuando hayan transcurrido algunos años. En la actualidad, tal publicación sería causa de grandes escándalos, destruiría la reputación de muchos personajes que gozan del favor popular, y no creo conveniente derribar esos ídolos: es un placer que se reserva el pueblo, cuando por un capricho cualquiera se causa de ellos, y como los niños cambian de juguetes.

## III

Estaba sentado delante de la caverna donde me había instalado, cuando el espíritu de la luz y el príncipe de la actual sociedad, descendieron en aquella

comarca. Al verme allí Satanás, quedó sorprendido, y me examinó detenidamente.

—He temido; dijo, que fuera un misionero; pero por los instrumentos de que viene provisto comprendo que es un sábio naturalista. Estos no son temibles; no combaten la mision de los demonios; por el contrario, muchos de ellos son con sus doctrinas, sus mejores auxiliares.

No describiré este personaje, por la sencilla razon, de que no encuentro términos en ningun idioma—y poseo mas de sesenta—para expresar la repugnante expresion, la fealdad de aquel que fué el mas hermoso de los serafines.

Tampoco me creo con fuerzas para describir la belleza del espíritu de la luz. Unicamente diré, que al verme me senti dispuesto á cambiar una prolongada existencia de goces en este mundo terrenal, por contemplar cinco minutos aquel espíritu angelical. Merced á su presencia, pude soportar sin desfallecer el horroroso aspecto de Satanás.

—Conforme te he prevenido, dijo el principe de las tinieblas voy á colocar la córte infernal para que presencié mi triunfo y celebre tu derrota, espíritu temerario, que te atreves á concebir la esperanza de presentar un-*contra* peso capaz de hacer inclinar el plato de la balanza, donde voy á acumular las vanidades de la actual sociedad.

#### IV

Ignoro qué medios empleó Satanás para convocar la córte infernal, pero lo cierto es que uno tras otro vi aparecer todos los dignatarios de ella. Un demo-

nio de la servidumbre de uno de los grandes magnates que yo tenia sujeto, merced á los anteojos del jefe indio, me dió á conocer á los principales. Debo advertir al lector, que por mi parte no doy completo crédito á las confidencias de aquel espíritu de la mentira.

Me señaló primero á Belcebú, señor de los espías, principe de los demonios, el primer dignatario de la córte infernal, despues de Satanás. Este célebre diablo, alto como una montaña, tomó asiento en un inmenso trono, en la parte de la atmósfera, á mi izquierda. Ciñe su frente una cinta de fuego: su semblante es negro y su aspecto amenazador. Lleva alas de murciélago y una lanza de fuego en la mano.

A sus costados tomaron asiento el principe de la muerte, dejando ver sus agudos dientes y las repugnantes úlceras que cubrian su cuerpo y el principe de las lágrimas, demonio horroroso, cubierto de lloros de padres y madres, y sangre de los inocentes niños.

A éstos seguían colocados, segun su dignidad, Pluton, principe del fuego; el gran negro, maestre de los conventiculos; el representante de los venerables H. de la masoneria, diablo taciturno y melancólico; Proserpina, princesa de los espíritus malignos; Adramenleck, gran canceller; Astarot, gran tesorero; Vergal, jefe de la policia secreta; Braal, general en jefe de los ejércitos infernales; Leviathan, gran almirante; Belfegor, embajador en Francia; Belial, embajador en Turquía; Rimmón, en Rusia; Thamus, en España; Ugtin, en Italia; y Martine!, en Suiza.



Detras de la córte había multitud de jefes subalternos, lacayos, guardías, etcetera, etc. Una profunda obscuridad rodeaba y envolvía aquellos tenebrosos personajes. Únicamente, rayos rojos y verdes, que de vez en cuando brillaban en la venda de fuego de Belcebú, permitía distinguir los objetos en el sitio ocupado por la cohorte infernal.

Frente al sitio donde me encontraba, una potencia invisible sostenía la balanza. Sus platos median tres kilómetros.

#### V.

Satanás dió sus órdenes, y de todas las comarcas de la tierra, los demonios trajeron las vanidades para depositarlas en uno de los platos de la balanza. ¡Aquello era un maravilloso espectáculo!

De Oriente, de Occidente, del Norte y del Sur, llegaban carabanas cargadas de objetos de lujo, comprendidos en ellos lacayos, camareros, perros; caballos de lujo, monos, etc., etc. Los demonios lo iban hacinando todo, conforme se recibía, en el plato de la balanza.

Durante tres horas, el sol quedó cubierto por el paso de las cabelleras postizas y los abultadores polisonos y colorate de las mujeres de Europa; un prolongado sonido por objetos que caían sobre el platillo llamó mi atención: observé que lo producía, y ví que eran millones de dentaduras artificiales. Un terrible huracán me obligó á tenderme en tierra y asirme al tronco del *sibilismo*, especie de euforbio, con que se hacen excelentes salsas oportunistas. El espíritu que yo tenía sujeto, me dijo que aquella tempestad no era más que olas de palabras que carecían de sentido. Un

demonio las reunió y las colocó en la balanza. Poco después llegaron gran número de camellos cargados con odres, que contenían el sudor de los sábios ocupados en buscar argumentos para combatir la intervencion de Dios en este mundo: todas las odres venían adornadas con las condecoraciones ganadas en este trabajo, y con las aprobaciones y aplausos de las Academias científicas, que se dicen ilustradas. Otros camellos conducían los sesos de los más nombrados filósofos del siglo XIX. El espíritu encadenado, al verlos, hizo una mueca. «Eso no tiene peso,» dijo.

Otro cargamento, traído por los demonios, no pudo menos de hacerme reír; se componía de oraciones de las almas orgullosas. Otros demonios llegaron á la vez encorvados por el peso de su cargamento: lo componían los males sufridos voluntariamente por adquirir bienes temporales, etc., etc.

No terminaría si hubiese de detallar todos los objetos que se colocaron en el plato de la balanza: el mundo debió quedar desolado aquel día, al verse despojado de lo que adora la actual sociedad.

La cohorte infernal no parecía tomar gran interés en el grandioso espectáculo de las vanidades que se iban acumulando en la balanza; la mayoría de los dignatarios de Satanás lo presenciaron distraídos. Belcebú bostezaba. La aspiración y respiración de los bostezos de los príncipes de las tinieblas, produjeron graves perturbaciones atmosféricas en Asia y en el Océano.

—Creo, dijo Belcebú, que el plato está suficientemente cargado: el de nuestro

rival no tiene todavía objeto alguno. ¿Pretenderá acaso burlarse de nosotros?

## VI.

En una pequeña aldea, situada á inmensa distancia de aquella lejana comarca, en una de las provincias de la fértil España, habitaba una anciana, á la que no quedaba otra cosa para atender á su subsistencia mas que un pequeño panecillo. Llamaron á la puerta de su casa. Apresuróse á abrir la buena mujer; y un mendigo se presentó ante ella.

—¡Una limosna por amor de Dios!—  
¡Día feliz! dijo para sí la anciana. ¡Dios me visita!

Porque tenia por costumbre considerar á los pobres como á enviados de Nuestro Señor Jesucristo.

Tomando el panecillo, hizo de él dos partes.

—Partamos, dijo, dando la una al mendigo y en vuestras oraciones acordados de esta anciana.

El pobre tomó el pan, lo besó, y al retirarse hizo la señal de la cruz sobre el miserable albergue de aquélla.

El mendigo continuó su camino, y andando, iba comiendo el pan que con tan buena voluntad le habia dado la anciana; una migaja cayó en tierra: esta fué recogida por el Angel de su guarda y entregada al Angel de la luz. Este la depositó sobre el platillo de la balanza: su peso fué mayor que el de todas las vanidades acumuladas por Satanás en el otro platillo.

El espíritu de las tinieblas se dió por vencido, y desapareció con Belcebú y toda la cohorte infernal.

El Angel se elevó llevando consigo la

migaja de pan; y un espíritu que no parecia venir del cielo ni del infierno, que no tenia nada de la vida ni de la muerte, apareció, reunió todas las vanidades, y se marchó con su botín: era el espíritu del polvo, de la nada.

Cristianos lectores, cuando veais un pedazo de pan en la mano de un mendigo, miradlo con respeto. Existe una cosa mas preciosa, de mas valor que las vanidades, tras las que la actual sociedad corre, consumiendo su existencia; ese pan marcado con el sello de la caridad será presentado á Dios en el día del juicio, por el Angel guardian de aquel que habrá dado con alegría y humildad limosna al pobre de Jesucristo.

A. D.

*(El Alicantino.)*

## COLECCION

DE

**Sermones, homilias y panegíricos,**

obra original

*escrita*

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

## LIBROS DE TEXTO.

Se hallan de venta en el Centro Católico, á precio de las Casas Edictoras.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.